

fuerzas, las condensó, y les hizo producir la mayor suma de trabajo útil en la lucha por la emancipación. Ni la confusión que acompaña á la concentración de las dos hegemonías continentales, ni la acción oficial de los gobiernos, ni la influencia misteriosa de las sociedades secretas, ni las conjuraciones de los poderes absolutos del mundo entero contra los principios de la democracia, ni la espada misma de los libertadores, echadas por una parte en el platillo de la monarquía y por la otra en el de la monocracia, podrán alterar el equilibrio estable del americanismo republicano y de las autonomías soberanas. San Martín y Bolívar, dos genios, dos fuerzas, los dos libertadores del sud y del norte de la América meridional, desaparecerán de la escena después del triunfo de sus armas, uno después de otro, quedando triunfante la república, sin dejar rastros el uno de sus planes monarquistas, ni el otro de sus ambiciones y sueños de absorción continental, y se ordenarán por último los elementos orgánicos que la revolución entrañaba, según su naturaleza en la proyección de sus destinos finales.

Lo que más contribuía á hacer inminente el conflicto entre la revolución del sud y del norte — aparte del carácter de sus caudillos, — era la diversa organización de sus fuerzas políticas y el impulso á que respondían. De dos masas que se refunden, la acción inicial de la una tiene que preponderar sobre la otra, aunque al fin el equilibrio estático se establezca. Tal sucedió en la condensación de las fuerzas batalladoras y redentoras de América meridional, y en la conjunción de sus dos grandes caudillos en el momento de completar su evolución simultánea. Eran dos revoluciones, que representaban dos hegemonías armadas, que en sus tendencias seguían sistema diverso por sus medios, aunque no por sus fines. La una, — la del sud, acaudillada por San Martín, — representaba la emancipación de las diversas secciones americanas por un principio de solidaridad, entre-

gándoles sus propios destinos una vez libertadas. La otra, — la del norte, representada por Bolívar, — obedeciendo á la misma tendencia, respondía á un plan de absorción nacional, de grado ó por fuerza, que dada su impulsión pretendería convertirse en regla dominadora del continente emancipado por la acción de sus armas. Bolívar, libertador de Nueva Granada, le había impuesto, á título de vencedor, su incorporación á Venezuela. Libertador de Quito, pretendía imponerle su incorporación á Colombia, como más tarde impondría al alto y bajo Perú su constitución monocrática y sus presidentes vitalicios, contrariando los particularismos y falseando las leyes fundamentales de la democracia. De aquí la inminencia del conflicto de las fuerzas y el antagonismo de los principios constitutivos.

Guayaquil era el punto donde debía necesariamente manifestarse este antagonismo y producirse este conflicto por el encuentro de los dos caudillos del sud y del norte. Alrededor de Guayaquil giraban todos los movimientos concéntricos de los dos grandes libertadores al efectuar su conjunción, y Guayaquil decidiría de sus destinos.

II

Dijimos antes, que la provincia de Guayaquil, al efectuar su revolución y declarar su independencia, poniéndose á la vez bajo la protección de las tropas de San Martín y de Bolívar, á manera de estado mediatizado, se convertiría en una manzana de discordia entre los dos libertadores (véase cap. XXVII, § II). Uno y otro aceptaron el indefinido protectorado: el primero con el pensamiento de incorporarla al Perú, y poner un pie en el norte; con la resolución el segundo de anexarla á Colombia y penetrar al sud. San

Martín envió cerca del nuevo gobierno revolucionario á sus edecanes Guido y Luzuriaga, con la misión ostensible de saludarlo; pero su verdadero objeto era negociar una alianza que lo colocase bajo su dependencia militar (noviembre de 1820). Á su arribo á Guayaquil, los comisionados encontraron la situación cambiada. Las armas guayaquileñas habían experimentado un serio revés en su primer ensayo (1). La primitiva junta de gobierno había caído y sido sustituida por otra que representaba por el momento la política de la independencia de la provincia insurreccionada, aunque inclinándose del lado del Perú.

El gobierno de Guayaquil, al responder al llamado de sus partidarios del interior, y aprovechando la circunstancia de hallarse fraccionado el ejército realista por las atenciones de la guerra de Pasto, se propuso extender la insurrección en todo el territorio y apoderarse de la capital del reino. Al efecto, puso en campaña un cuerpo de ejército de 1,500 hombres, cuyo mando confió al oficial venezolano Luis Urdaneta, uno de los promotores de su movimiento. Urdaneta se apoderó fácilmente de la provincia de Cuenca y marchó sobre Quito. Una columna como de 600 hombres de tropas regulares á órdenes del coronel Francisco González, salió á su encuentro, y á pesar de la notable inferioridad

(1) Paz Soldán en su « Hist. del Perú Indep. », pág. 79, incurre en un error, que han repetido otros historiadores siguiéndolo, cuando dice, que « á la llegada de los comisionados de San Martín, Guayaquil estaba cons- » ternado con el desastre sufrido por las tropas de Colombia en la jor- » nada de Huachi ». El error proviene, de que son dos las derrotas de Huachi y de Ambato, como indistintamente se denominan ambas: — la primera, que es de la que se trata, es la que sufrieron las tropas de la junta independiente de Guayaquil el 20 de noviembre de 1820, según se explicará más adelante: — la segunda, la de las tropas colombianas y guayaquileñas unidas al mando de Sucre, el 12 de setiembre de 1821, según se explicó en el cap. XLIV, § II. Las dos fueron en el mismo sitio y se les da indistintamente el nombre de Huachi ó de Ambato.

numérica, lo derrotó completamente de la llanura de Huachi (ó Ambato) causándole una pérdida de 500 hombres entre muertos, heridos y prisioneros (20 de noviembre de 1820). Un animoso oficial argentino (de Tucumán), llamado José García, se puso al frente de las reliquias del ejército guayaquileño reforzado con algunos reclutas, y salió en busca del enemigo para vengar la derrota de Ambato. Fué igualmente derrotado en Tanizahua, al pie del Chimborazo, con la pérdida de casi toda su división (3 de enero de 1821). García cayó prisionero, fué pasado por las armas en el campo de batalla, y su cabeza remitida á Quito como trofeo colgóse para escarmiento en una jaula de hierro en el puente de Machángana, á la entrada de la ciudad (2).

Á pesar de la consternación producida por el desastre de Ambato, los comisionados fueron recibidos con entusiasmo por el pueblo y el gobierno, como precursores de un eficaz auxilio. Luzuriaga fué nombrado comandante en jefe de los restos del ejército guayaquileño, que reorganizó con inteligencia y actividad, situándose en Babahoyo para hacer frente al enemigo triunfante, cuyo avance contuvo (3). Guido por su parte, abrió con el gobierno las negociaciones que estaba especialmente encargado de conducir de acuerdo con su colega (diciembre de 1820). Las instrucciones le prevenían ajustar una convención militar, por la cual todas las tropas de la provincia quedaran exclusivamente á órdenes

(2) Ceballos: « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 237 y sig. y pág. 245-246.

(3) Los historiadores ecuatorianos y colombianos silencian este hecho, que consta de documentos oficiales emanados de la junta de Guayaquil, así como de los actos del cabildo y de la petición de las señoras de la misma ciudad agradeciendo sus servicios y rogándole continuase en el mando de las armas, que se publicó en los periódicos de la época. — Véase « Memoria » imp. de Luzuriaga, pág. 28 y sig. donde se registran los documentos.

de San Martín, con facultad de removerlas según las necesidades de la guerra. Su objeto inmediato, á la vez de establecer un principio de dependencia, era dominar mejor desde la frontera de Quito el territorio limítrofe de Trujillo, que aun no se había pronunciado, y que por este tiempo estaba ocupado por una división realista de 1,500 hombres, que amagaba por la espalda la posición que él ocupaba en Huaaura. También tenía encargo de negociar un empréstito en dinero. La junta, llena de vacilaciones y desconfianzas y coartada por la insubordinación de sus tropas, únicamente se prestaba á recibir un cuerpo de 200 veteranos para formar sobre esa base un nuevo ejército, con la promesa de enviar más adelante al Perú un contingente de 400 reclutas del país. Guido hubo de aceptar este convenio; pero bien aconsejado por Luzuriaga, á quien consultó, negóse á firmarlo, y acordó que se le comunicase en forma de propuesta *ad-referendum* (4). Habiendo sobrevenido la estación de las inundaciones que paralizaban las operaciones militares, y á cubierto la provincia de una invasión de parte de Quito después de la derrota de García en Tanizahua, Luzuriaga renunció el mando de las armas (enero de 1821) de conformidad con nuevas instrucciones de San Martín y se retiró juntamente con Guido (5).

San Martín no se hallaba en aptitud de socorrer á Guaya-

(4) Cartas M. S. S. de Olmedo, Guido y Luzuriaga de 7 de diciembre, 20 ídem, 22 ídem, y 23 ídem de 1820 en Guayaquil. (« Memoria » M. S. de Luzuriaga, cit., en Arch. San Martín, vol. LXXII.)

(5) « Veo lo que me dice del estado en que esa se encuentra. Digo de » oficio, que si su presencia no es necesaria, regrese al ejército. Sólo el » ruego de los diputados de Guayaquil me hizo enviarle. Me sería sen- » sible que algunos creyesen que su presencia en esa era con miras po- » líticas. Conoce V. mi carácter y sentimientos. Yo sólo deseo la inde- » pendencia de la América del gobierno español, y que cada pueblo, si es » posible, se dé la forma de gobierno que le sea más conveniente ». (Carta de San Martín á Luzuriaga de 7 de diciembre de 1820, en « Memoria », imp. de Luzuriaga, cit. pág. 36.)

quil, ni de ejercer presión sobre su gobierno; sus fuerzas eran apenas suficientes para mantener en jaque al enemigo en Lima y atender á la campaña de la sierra. Por otra parte, habiendo proclamado Trujillo la independencia, y dominado ya todo el norte del Perú hasta la frontera de Quito, la concurrencia de fuerzas auxiliares no le era tan necesaria, por lo que adoptó desde entonces una política prescindente respecto del nuevo estado que se había puesto bajo su protección. Fué entonces cuando Bolívar envió á Sucre al frente de una división á Guayaquil, con el doble objeto de preparar su anexión y de concurrir por el Pacífico á la campaña combinada del sud de Colombia (11 de mayo de 1821). La presencia de las tropas del Libertador, que asumieron una actitud provocativa, trajo algunos disturbios, promovidos por los partidarios de la anexión á Colombia, que aunque en minoría, contaban ser apoyados por las bayonetas auxiliares. Sucre, sin dejar de trabajar en el mismo sentido por medios cautelosos, aplazó prudentemente la cuestión, según se explicó antes, y consiguió al fin apoderarse del mando de las armas de la provincia, que le aseguraba el dominio de hecho (Véase cap. XLIV, párrafo II).

El triunfo de Sucre en Huachiri y su derrota posterior de Huachi, á que siguió la retirada de Bolívar de Pasto después de Bomboná, hizo perder á los colombianos en Guayaquil su preponderancia militar y política. Los guayaquileños y hasta el mismo Sucre, volvieron sus ojos hacia el Protector del Perú, que dueño ya de Lima al frente de un fuerte ejército y con el dominio de las aguas, era el único que podía prestarles un pronto y eficaz auxilio en la peligrosa situación que atravesaban. Fué entonces cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito, que ha sido ya relatada, y terminó con la victoria de Pichincha (Véase cap. XLIV, § IV).

Pendientes los arreglos sobre el auxilio que el Perú prestaría para poner término á la guerra de Quito, sobrevino un

incidente que hubo de interrumpirlos. El distrito de Puerto Viejo, encabezado por su cabildo, proclamó su incorporación á Colombia (16 de diciembre de 1821). El gobierno consideró este acto como una rebelión, y trató de emplear las armas para reprimirlo. La oficialidad colombiana apoyó ruidosamente la actitud de los anexionistas, promovió asonadas, fomentó la desertión de las tropas del país y aun intentó apoderarse por sorpresa del parque y cuarteles de la ciudad (21-24 de diciembre). La junta, sostenida por el pueblo, estaba resuelta á mantener su autoridad. La guerra civil podía encenderse ó producirse con escándalo al frente del enemigo. Felizmente Sucre, que ostensiblemente no había tomado participación en estos manejos, asumió al fin el papel de mediador entre los disidentes y el gobierno, moderando el ardor de sus subordinados, y todo volvió á entrar aparentemente en orden. El general colombiano, temiendo que estos incidentes pudieran interrumpir ó retardar los auxilios de que necesitaba para abrir su campaña, se apresuró á dar explicaciones sobre ellos al gobierno del Perú: « La situación local de esta provincia, » — escribía al ministro Monteagudo, — y la relación de sus » intereses con el Perú, me determinan á hacer esta manifestación para que el Protector no sea avisado siniestramente » de los hechos; que creo S. E. aceptará como mi deseo de » enterarlo en todo cuanto pueda concurrir al bien común de » los americanos. Sin mezclarme en la cuestión (interna) yo » pensé, que la unidad de la provincia era necesaria, no sólo » en las circunstancias en que debemos presentarnos en masa » al enemigo, sino para evitar un ejemplo de disolución social » en las provincias limítrofes que darían que hacer á sus » gobiernos con pretensiones semejantes » (6). Todo esto no pasaba de un remiendo en falso.

(6) Carta ofi. de Sucre al ministro de gobierno del Perú, Monteagudo,

Como antes se apuntó, la cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que convenía desatar sin romper: la independencia que había proclamado la provincia; su incorporación al Perú ó su anexión á Colombia. San Martín resolvió prudentemente aplazarla, proponiendo su solución por la vía diplomática, en el sentido de garantir el voto libre de Guayaquil, que en el estado de la opinión esperaba diese por resultado la incorporación al Perú. La junta, presidida por Olmedo, era partidaria de esta combinación, manteniendo mientras tanto su independencia (7). El Protector, al acreditar como ministro cerca del gobierno de Guayaquil al general Francisco Salazar (30 de noviembre de 1821) le dió en consecuencia instrucciones espectantes, que como todas las posiciones espectantes en presencia de un contendor resuelto, debía dar por resultado una derrota segura desde que no se preveía la apelación á la fuerza. Las instrucciones, prevenían á Salazar, proceder con doble cuidado en no intervenir sobre la forma definitiva de gobierno que quisiese adoptar la provincia, ni sobre la independencia ó su incorporación al Perú ó á Colombia, librandó este punto á la espontaneidad de la mayoría del pueblo, cuya voluntad debía observar con sagacidad y precaución (8). En el fondo de todo esto, estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú, y el auxilio prestado á Sucre, respondía á él á la vez que á la terminación de la guerra de Quito. Puesto de acuerdo Salazar con la junta, arreglóse todo en el sentido del plan teórico del Protector.

Después de los abortados pronunciamientos relatados, la junta resentida, y apoyada por el sentimiento público cada

de 29 de diciembre de 1821. Véase su texto en Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 257 (nota).

(7) Ceballos: « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 373.

(8) Instrucciones al ministro Salazar de 28 de noviembre de 1821, apud Paz Soldán, catal. M. S. núm. 245.

vez más divorciado de la causa de los colombianos, se dirigió en queja al representante diplomático del Protector, manifestándole que estaban oprimidos por la violencia de los soldados del Libertador, á quienes temían más que á los del rey (9). Para dar una base de fuerza á la opinión, fué nombrado comandante en jefe de las fuerzas guayaquileñas el general La Mar, que también respondía al plan de incorporación al Perú. En un principio, se pensó en confiar el mando de la división auxiliar peruano-argentina al mismo general La Mar, para contrapesar la influencia de Sucre, pero ya el coronel Santa Cruz se había puesto en campaña con ella, y San Martín, bien aconsejado por el presidente Olmedo, desistió de esta combinación (10).

(9) Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 254. — Bolívar lo confirma en carta á la junta de Guayaquil, que se citará más adelante.

(10) Carta de Olmedo á San Martín, de 22 de febrero de 1822. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LXI). En prueba del perfecto acuerdo entre la junta de Guayaquil sobre el plan de incorporarse al Perú y su oposición á los colombianos, reproducimos un párrafo de la carta citada que esparce nueva luz sobre este punto oscuro : « Nuestro Salazar impondrá á » V. circunstanciadamente de todo. Este buen amigo se ha portado como » un agente honrado, eficaz y patriota. La mismo digo de La Mar, cuyo » carácter y honradez conoce V. bien. Todos merecen la consideración » de V.—El nombramiento de La Mar para el mando de la división (pe- » ruano-argentina) podría causar un efecto contrario al que nos propo- » nemos todos. Con la salida de las tropas (colombianas de Sucre) se ha » restablecido el orden, á lo menos en apariencia. Yo bien sé que el » fuego está cubierto con una ceniza engañadora; por tanto, una medida » de esta clase puede ser un viento que esparza la ceniza y quede el fuego » descubierto. Entonces el incendio civil es inevitable. Si La Mar va á la » división, será mal admitido, y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre, » que muchas veces le ha ofrecido cordial ó ex-cordialmente el mando, » ahora lo tomaría á desaire, y no sabemos de lo que es capaz un » resentimiento colombiano. Los jefes y oficiales suyos, piensan, hablan » y obran lo mismo. No toda la división de Piura es de confianza. Estas » reflexiones y las que de ellas nacen, nos han hecho acordar que se sus- » penda el cumplimiento de la resolución de V. hasta que impuesto de » todo esto, y de los riesgos que nos amenazan (como puede V. tenerlo » por la comunicación que le dirigimos por extraordinario) tome una » medida grande, eficaz y poderosa ».

III

La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil, era más resuelta, y respondía á un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho, aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar á Colombia á toda costa. Era para él cuestión de poder nacional y de preponderancia americana, y como tal la encaró sin vacilaciones, de hito en hito. Así, al mismo tiempo que enviaba á Sucre con fuerzas para concurrir por el Pacífico á la campaña combinada sobre Quito, acreditaba cerca del gobierno del Perú en calidad de enviado diplomático á don Joaquín Mosquera, con el objeto de ajustar una liga americana y arreglar la cuestión de límites entre los dos estados colindantes (Véase cap. XXXV, § VI). En cuanto á lo primero, no fué difícil un acuerdo, aunque por el momento de mera forma, pues no tuvo inmediata ulterioridad. La negociación en lo relativo á límites presentó mayores dificultades. Colombia pretendía tener derecho sobre las provincias limítrofes de Jaen, Maynas y Quijos, que por su parte el Perú consideraba como suyas. No era posible resolver este punto litigioso, sin tocar la delicada cuestión de Guayaquil. El plenipotenciario Mosquera sostenía que esta provincia debía formar parte integrante de Colombia. El ministro Monteagudo, como representante del Perú, argüía, que habiendo reconocido su independencia, sería una contradicción consentir en tal estipulación, y propuso que se le dejara la libertad de agregarse á una ú otra república, según fuese su voluntad. Las instrucciones de ambos negociadores eran terminantes, y les prevenían no ceder en este punto, así es que todo arreglo sobre estas bases opuestas se hizo imposible. Empero, para no embara-